



CAPÍTULO XII

Reinado de Fernando VII.—Entusiasmo de los españoles por Fernando VII: personas de que se rodea: persecucion ilegal de Godoy: entradas de Murat y Fernando en Madrid: conducta provocativa de éste que empieza á inquietar al pueblo: diversos planes de Napoleon sobre España.

El entusiasmo de los españoles al saber que su adorado príncipe Fernando había subido á ocupar el s6lio, no puede medirse sino con el 6dio que habia inspirado el de la Paz. Objeto por tan largo tiempo de esperanzas y de amor, su proclamacion fu6 un delirio, pero un delirio universal, y un delirio de prosperidad y de ventura.

Otro corazon m6nos frio, arrebatado por aquel torbellino de entusiasmos, hubiera se~alado los primeros dias de su proclamacion con actos de generosidad y de grandeza de alma que subyugasen á todos sus enemigos, haciendo brotar en su pecho el remordimiento de haberlo sido. Así obr6 Fernando VI, y esta magnanimidad primera fu6 uno de los m6s s6lidos cimientos de su memorable reinado. Pero á este otro Fernando, 6 porque no poseia un alma tan elevada, 6 porque habia hospedado mucho tiempo á la venganza en su pecho, no se le oy6 preferir una sola palabra de olvido en aquellos momentos en que el corazon se abre á toda sensacion generosa, ni se le vi6 dictar un s6lo acto que manifestase el gran rey que á aquel entusiasmo correspondia.

Sus primeros cuidados fueron estos: halaga al pueblo indignamente y en su da~o, rodearse de los que le habian ayudado á apoderarse de la corona, satisfacer sus personales resentimientos y adular al soberano extranjero cuya proteccion 6l y sus partidarios habian tan torpemente mendigado.

Se dieron decretos suprimiendo un impuesto sobre el vino; suspendiendo la venta del s6timo de los bienes eclesi6sticos que dos a~os antes habia autorizado una bula del papa, casi el 6nico bien notable que el valido habia hecho, porque era la desamortizacion la mayor necesidad del pa6s: permitiendo la destruccion de animales perjudiciales en los sitios reales, prohibida antes para la monteria con da~o de las haciendas vecinas, y aboliendo la superintendencia de policia, todo sin otra mira que la de granjearse una innoble popularidad. Con la misma mira 6nicamente se les alz6 el destierro á Jovellanos, Cabarr6s y Urquijo, v6ctimas de Godoy.

Escoiquiz, este ambicioso can6nigo que habia encendido la tea de la discordia en la real familia, fomentando la ambicion del príncipe, fu6 llamado inmediatamente de su confinamiento

para ocupar una plaza en el consejo de Estado; el duque del Infantado, que era un hombre apasionado á las letras, pero d6bil y desidioso, fu6 tambien llamado para conferirle el mando de la guardia espa~ola y la presidencia del consejo real, á pesar de la oposicion que C6rlos habia manifestado h6cia ellos en la sesion del viaje; el duque de San C6rlos, cortesano girasol, que se habia afanado un tiempo por enlazarse con el hombre de quien todo dependia, fu6 igualmente designado para compartir con los anteriores la direccion del Estado en tan d6ciles circunstancias, sin atender á su inexperiencia y falta de luces. Los demas comprendidos en la causa del Escorial fueron asimismo rehabilitados. El depravado marqués Caballero, por la parte se~alada que tuvo en los sucesos de Aranjuez, fu6 conservado algunos dias en el ministerio de Gracia y Justicia; pero habiéndose descubierto que habia retenido cuatro dias la 6rden para el llamamiento de Escoiquiz, cuya rivalidad temi6 sin duda, y recordando con este motivo cuanto favoreciera en el apogeo de la fortuna del favorito los torpes devaneos de la reina, fu6 despedido del despacho, releg6ndole á la presidencia de uno de los consejos. En su lugar entr6 el anciano D. Sebastian Pi~uela. Cevallos logr6 con su conducta acomodaticia que se le conservase la cartera de Estado, aunque purific6ndole, por decirlo así, por medio de un decreto en el cual se decia que no le perjudicaba la circunstancia de estar casado con una prima del valido para merecer la confianza del soberano.

Cu6l m6s, cu6l m6nos, todos esos consejeros deben participar de la deshonra de la sañuda persecucion de que fu6 v6ctima el príncipe de la Paz. Trasladado al castillo de Villaviciosa, se le sometió á un proceso, no debiendo ignorar que por sus faltas pol6ticas no podia ser juzgado el ministro de un monarca absoluto, que le habia dispensado su confianza hasta el 6ltimo dia de su reinado. Eso no obstante, sin esperar el fallo de los tribunales, que no ha llegado á pronunciarse todavía, se le confiscaron por un simple decreto del rey sus bienes, no consintiéndolo nuestras leyes, ni aun en los delitos de lesa majestad, sino pr6vio juicio y sen-

tencia del tribunal competente. Semejante proceder hubiera sido propio de una autoridad revolucionaria; pero de parte de un rey, aun cuando sea absoluto, constituye uno de los m6s trascendentales abusos que no justificaria jams la justicia del acto. ¡Cuántas veces en su desgracia el príncipe de la Paz debió haberse reconvenido del menosprecio en que tuviera las leyes y de la injusticia con que persiguiera á los ilustres Aranda y Jovellanos!!

Despu6s de estas primeras satisfacciones de la venganza y la reaccion, volvi6 su vista la nueva c6rte á los ej6rcitos extranjeros que se hallaban ya á las puertas de Madrid, y cuya mision se creia ser aún el asentar firmemente en el trono espa~ol al hijo de C6rlos IV cas6ndole con una parienta del emperador. En esta inteligencia y en la de que Napoleon, segun decia Murat, llegaria dentro de dos 6 tres dias, busc6 Fernando con esquisito afan los m6s expresivos obsequios para su recibimiento, enviando desde luego dos comisiones de individuos de la grandeza para cumplimentarles y servirles.

Murat, alarmado con los sucesos de Aranjuez, habia apresurado su paso para ocupar antes de que nuevas complicaciones sobrevinieran, á Madrid, donde hizo su entrada el dia 23. En la manera como la verific6, rodeado de un numeroso y espl6ndido estado mayor y seguido de la guardia imperial, que era lo m6s escogido del ej6rcito franc6s, llevando á retaguardia la gente de m6nos grata estampa, que formaba una parte considerable de sus tropas, hubiera podido conocer el pueblo madrile~o que trataba de deslumbrarse preparando su docilidad al yugo por la sorpresa y la admiracion. Como estaba en la persuasion de que venian de paz á favorecer á su adorado príncipe, los acogió con benevolencia y agasajo.

Tambien Fernando se apresur6 á volver á la capital para recibir y obsequiar á su protector y futuro pariente. Esta noticia, difundida con el6ctrica velocidad por el vecindario, alborozaba locamente los 6nimos y prepara al nuevo rey una entrada triunfal, sencilla, pero grandiosa, como son las expansiones generosas del pueblo. Muchísimos habitantes salieron la vis-



pera por la noche disputándose la satisfacción de vitorearle el primero, é incorporándose al acompañamiento de los pueblos del tránsito que habían corrido á su encuentro desaladamente, constituyeron la magnífica escolta con que se presentó á la vista de Madrid, la más segura que puede rodear á un rey (día 24). Cuajadas las calles de un inmenso gentío que se apretaba á su rededor por contemplarle y manifestarle su amor, ocupó más de seis horas en andar el trecho de la puerta de Atocha á palacio por la calle de Alcalá. Los hombres tendían en el suelo sus capas por la humilde gloria de que las pisase su caballo, y las mujeres, llenando los balcones, agitaban con una mano sus pañuelos para saludarle y arrojaban con la otra flores para cubrir su carrera. Mil vivas sonaban á un mismo tiempo y se reproducían incesantemente, sin agotarse por la fatiga aquel tesoro de entusiasmo que encerraban todos los pechos. Abrazábanse en la calle las gentes, aún sin conocerse, en significación de enhorabuena universal. Ningun pueblo manifestó jamás á su soberano un amor más sincero y ardiente «ni nunca tampoco, como dice un historiador testigo de aquella ovación, contrajo alguno obligación más sagrada de corresponder con todo ahinco el amor desinteresado de súbditos tan fieles.»

Sólo un incidente turbó el placer de aquel día, previniendo por sí sólo el ánimo de los madrileños contra sus huéspedes, más que cuantos indicios mucho más significativos habían dado hasta entonces de torcidas intenciones. Cuando las gentes, llenando calles y plazuelas corrían á recibir á Fernando, Murat hizo salir algunas de sus tropas más escogidas, y que maniobrasen precisamente por la carrera que aquel debía recorrer. Al enojo que causó tan intempestivo alarde de fuerza, se juntó el que produjo la franqueza soldadesca con que, disgustado del alojamiento que se le diera en el Retiro, se posesionó sin permiso ni conocimiento de las autoridades de la antigua casa del príncipe de la Paz, al lado del convento de doña María de Aragon, inmediato al palacio. Principió con esto á cambiarse la opinión del pueblo respecto á los franceses, aun sin conocer el re-

pentino desvío que manifestaban á su adorado príncipe, así Murat como Beauharnais, el único embajador que no le había reconocido todavía; conducta extraña que debe atribuirse al deseo de provocar algun exceso ú ofensa que sirviese de pretexto á Napoleon para desenmascarse y realizar sus designios.

Su primer plan parece que era amedrentar á la corte de Madrid con la sospechosa concurrencia de sus ejércitos sobre la capital y el oscuro lenguaje de sus generales, para que buscarse su seguridad en los mares como lo había hecho la de Portugal. Ya se ha visto que sus cálculos hubieran tenido una completa realización sin la interposición de los fernandistas, porque los reyes, desacreditados como se encontraban, no hubieran podido levantar á la nación en su defensa. Y es probable que en semejante situación, huérfano el pueblo, habría aceptado el yugo del hombre que había cautivado su admiración y humillado á toda Europa. El clero veía en él al restaurador de la Iglesia; los grandes no se negarían á reconocer á aquel, de quien viéndole crear una nobleza, esperaban que restablecería la antigua; los militares, encantados por la magia de sus campañas, se hubieran gloriado de pelear á las órdenes del que hacia generales de sus soldados, duques y soberanos de sus mariscales; los magistrados, los hombres de orden y los amigos de reformas hubieran creído que iba á echar sólidamente en su patria los cimientos de una buena administración y la pública prosperidad. Juzgando en un orden regular, es de creer que Napoleon se hubiera apoderado de España como de Portugal, si no es que alguno de estos bruscos accidentes que ofrece nuestra historia venía á obrar un súbito cambio en las ideas.

La discordia que ardía en el seno de la real familia tal vez le hizo dudar del buen éxito de ese plan, y substituyó al pensamiento de la expulsión el del casamiento del príncipe de Asturias con una princesa de su familia. Este hubiera sido en efecto el de más segura realización, porque la nación lo apetecía, los reyes no se hubieran opuesto en modo alguno, antes bien le cederían la corona á cualquiera insinuación del emperador, y Fernando hubiera si-



do en España su lugar-teniente, tanto ó más dócil seguramente que sus mismos hermanos.

La ambición ofuscó los claros ojos de su privilegiado talento, y la facilidad con que se apoderó de Portugal le surgió sin duda el pensamiento de dominar por entero en la Península. El buen éxito de sus estratagemas contra las principales plazas fuertes de la frontera y la franqueza con que penetraron sus ejércitos ocupando una gran parte del territorio debieron confirmarle en su propósito. Sin embargo, vacilaba su ánimo, no sabiendo cuál medio preferir, y esta es probablemente la causa de la contradicción que se observa entre la conducta de Murat, avanzando contra Madrid, y la de Beauharnais conspirando al mismo tiempo en Aranjuez contra el viaje y halagando los deseos de los fernandistas.

Los sucesos de Aranjuez fueron los que sacaron á Napoleon de sus incertidumbres. Hallábase en Saint-Cloud cuando recibió en el trascurso de pocas horas las noticias de los alborotos primeros y de la abdicación, que le sumergieron al pronto en una insólita turbación, como si le sorprendiese que el pueblo español fuese capaz de ejecutar tamañas revoluciones. «Este acontecimiento, dijo al duque de Rovigo, no entraba en mis cálculos; los negocios toman un rumbo que yo no esperaba. Veo que el padre tenía razón en acusar al hijo de conspirador contra su trono: éste suceso le quita la máscara, y nunca lo aprobaré.» Pero no se piense por eso que decidió ponerse de parte del monarca despojado contra un hijo usurpador; lo que hizo fué apoderarse de los sucesos para desligarse de los deberes que á su pesar se veía forzado á guardar con el trono de España. «Las circunstancias, decía á Izquierdo al siguiente día, son ya otras: yo estoy ya libre de las obligaciones que contraí por el último tratado. Mi alianza con el padre no me liga en manera alguna con su hijo, que le ha tomado la corona en medio de un tumulto. Una revolución, cualquiera que ella sea, en el gobierno de un Estado, pone en suspenso, cuando ménos, la obligación de la otra parte contratante, libre, no sólo en tales circunstancias de rescindir los pactos onerosos que se hubiese impuesto, sino

hasta de prestarse al reconocimiento del gobierno ó del monarca que la revolución ha producido.» Y aunque á continuación de tan extraña teoría para desligarse de un pacto que no había cumplido en ninguna de sus condiciones, le dijo que por simpatía hacia Carlos IV y por su propio honor, á pesar de que no estaba tal caso previsto en los tratados, su intención era sostenerlo y hacer volver la corona si había sido violentado, le añadió por conclusión: «Si resignado á los sucesos, prefiere libremente retirarse y abandonar el reino á su heredero, con él no hay nada que me ligue sino la ley común de las naciones; yo estoy en libertad de hacer lo que convenga á mi sistema de política y á la prosecución de mis proyectos contra Inglaterra. Dado que se aviniese á mis consejos, que me ofreciese garantías cual yo las necesito y que la nueva corte me inspire confianza, cosa que dudo mucho, podré reconocerle. Pero de cualquier modo, ó con el padre ó con el hijo, tratados nuevos son precisos. Bien se ve el afán de romper á todo trance las relaciones existentes, pues si Carlos era restituido al trono, una revolución frustrada ó vencida no podía ser motivo de la ruptura de tratados anteriores; y si Fernando conservaba la corona, ¿no tenía él testimonios de que le atacaría aún más, si cabe, que su padre?»

Pero en vano nos fatigamos en desentrañar sus intenciones cuando existe una carta escrita por el emperador el mismo día en que se producía así con el agente español, y dirigía á su hermano Luis rey de Holanda, en la cual decía: «El rey de España acaba de abdicar la corona. Un levantamiento había empezado á manifestarse en Madrid cuando mis tropas se ballaban todavía á cuarenta leguas de aquella capital. El gran duque de Berg habrá entrado en ella el 23 con cuarenta mil hombres, deseando con ansia sus habitantes mi presencia. Seguro de que no tendré paz sólida con Inglaterra, sino dando un grande impulso al continente, he resuelto colocar un príncipe francés en el trono de España... En tal propósito he pensado en tí para colocarte en dicho trono.... Respóndeme categóricamente cuál sea tu opinión sobre este proyecto. Bien ves que no es sino proyecto, y,



aunque tengo cien mil hombres en España, es posible, por circunstancias que sobrevengan, ó que yo mismo vaya allá, ó que todo se acabe en quince días, ó que marche más despacio continuando en secreto las operaciones por algunos meses. Contéstame categóricamente: ¿Si te nombro rey de España, lo admites? ¿puedo contar contigo?...»

No es ménos significativa que esta carta la pregunta que en la incertidumbre, sin duda de la contestacion que tendria, hizo á Izquierdo en estos días, sobre si los españoles le querrian por su soberano; pregunta á la cual respondió con discreto patriotismo el interpelado: «Con gusto y entusiasmo admitirán los españoles á V. M. por su monarca, pero despues de haber renunciado la corona de Francia.»

Luis no quiso dejar la Holanda, que poseia sosegadamente por la España, cuyo logro quizá encontraba más incierto que su hermano. Resuelto éste á llevar de todas suertes á cabo su proyecto, salió de Paris para Burdeos el 2 de Abril con objeto de dirigir más de cerca las operaciones, tanto militares, como diplomáticas, y penetrar en España, si era preciso aprovechar alguna oportunidad que ofreciese la complicacion que tuviesen los sucesos de Aranjuez inmediatamente despues de la renuncia.

Esta nueva complicacion, que extrará al lector seguramente, es la protesta de Carlos IV. Pocos reyes habrán sentido más pronto la pesadumbre que sigue de ordinario á las abdicaciones. Al día siguiente de haber firmado la suya manifestaba ya á Caballero deseos de extenderla nuevamente con un pliego de condiciones imponiendo á su heredero, al par de la observancia de la religion católica, de la integridad é indivisibilidad de la monarquía, del buen acuerdo con la Francia y las demas potencias amigas, y de la confirmacion del auto acordado de 89 sobre la sucesion de la corona derogando la ley sálica, introducida por Felipe V; al par de eso, decimos, «la libertad de establecerse el rey abdicante en compañía de su esposa donde mejor le acomodase, el señalamiento de una renta anual fija para el mantenimiento suyo y de su casa, el de la que debía darse á la reina en el caso de fallecer él, la designacion de un

palacio y parque real para habitarlo SS. MM. durante su vida, y la extension de otra escritura por parte de Fernando, en la cual se obligase éste á recibir el trono bajo dichas condiciones, cuyo acto fuese semejante en la sustancia y en su expresion al que el príncipe don Luis habia hecho para su augusto padre el señor D. Felipe V aceptando su renuncia.» Ni Fernando ni los antiguos cortesanos de Carlos IV hicieron caso de esta peticion, cuyo objeto manifesto era asegurar, cuanto lo permitia el paso dado, el goce de las satisfacciones anejas á la perdida corona. Al mismo tiempo dirigieron sus esfuerzos los destronados á alcanzar la libertad de su desgraciado amigo, y con este propósito autorizaron á la reina de Etruria para entablar alguna gestion con el general en jefe del ejército francés. Al punto conoció éste cuánto podia interesar tal relacion á los planes del emperador, y comisionó á su jefe de estado mayor, el general Monthion, para ponerse de acuerdo con los reyes padres. De estas conferencias provino, á no dudarlo, la siguiente protesta: «Protesto y declaro que mi decreto de 19 de Marzo, en el que he abdicado la corona en favor de mi hijo, es un acto á que me he visto obligado para evitar mayores infortunios y la efusion de sangre de mis amados vasallos; y por consiguiente debe ser considerado como nulo.—Carlos.—Aranjuez, 21 de Marzo de 1808.» Aun cuando atribuyamos á la coaccion moral, ejercida por Monthion sobre el débil y atribulado espíritu del que lo suscribe, la produccion de tan importante documento, es menester decir que su origen fué la predisposicion en que los reyes padres se encontraban. Ellos habian presenciado un repentino y completo cambio en su situacion; su morada quedó casi desierta; los más de sus antiguos servidores se habian ido tras el nuevo astro; los pocos que se les acercaban era con muy distinto semblante del que manifestaban días antes; su porvenir se le presentaba incierto si no triste; se les intimaba la orden de retirarse á Badajoz; su querido amigo tenia sobre su cabeza levantada la venganza de sus implacables enemigos; todo en fin, les hacia contemplar con amargura la gran diferencia de su situacion presente á la



perdida. La filosofia ó la resignacion cristiana, que hubieran acudido á sostener su espíritu quebrantado, no podian penetrar en el alma exigua de Carlos y en el viciado corazón de su esposa.

Sólo espíritus enteramente prostituidos ó naturalmente humildes podian haber concebido ó prestádoles á autorizar la carta con que remitieron la protesta al emperador. «V. M., le decian, sabrá sin duda con pena los sucesos de Aranjuez y sus resultas, y no verá con indiferencia á un rey que, forzado á renunciar la corona, acude á ponerse en los brazos de un gran monarca aliado suyo, subordinándose totalmente á la disposicion del único que puede darle su felicidad, la de toda su familia y la de sus fieles vasallos. Yo no he renunciado en favor de mi hijo sino por la fuerza de las circunstancias, cuando el estruendo de las armas y los clamores de una guardia sublevada me hacian conocer bastante la necesidad de escoger la vida ó la muerte, pues esta última hubiera sido seguida de la de la reina. Yo fui forzado á renunciar; pero, asegurado ahora con plena confianza en la magnanimidad y el genio del gran hombre que siempre ha mostrado ser amigo mio, he tomado la resolucion de conformarme con todo lo que éste mismo grande hombre quiere disponer de nosotros, y mi suerte, la de la reina y la del príncipe de la Paz. Dirijo á V. M. I. y R. una protesta contra los sucesos de Aranjuez y contra mi abdicacion. Me entrego y enteramente confio en el corazón y amistad de V. M. con lo cual ruego á Dios que os conserve en su santa y digna guarda. «Quien de tal manera se produce, ora fuese el despecho quien le aconsejase, ora la ambicion, ora la misma conciencia; quien de tal manera se entrega á la discrecion del antiguo enemigo de su casa; quien, conociendo lo los designios que abrigaba contra la Península se pone, y pone á su reino bajo el albedrío de un conquistador insaciable, y en los momentos en que sus ejércitos ocupaban la capital, era bien indigno ciertamente de estar al frente de una nacion altiva. Sólo el principio hereditario, ese principio funesto que ata los pueblos al yugo de la ciega fatalidad y que con los ojos abiertos los con-

duce á través de precipicios, podia haber colocado en sus sienas una corona.

Al leer ese documento y recorrer la numerosa correspondencia que en el breve espacio de veinte días se cruzó entre los reyes padres y el gran duque de Berg; al ver escritas por una reina de derecho divino aquellas frases indecorosas, á cada paso repetidas; el príncipe de la Paz padece «por haber sido fiel á los franceses; padecemos porque somos amigos de V. A., de los franceses y del emperador.... Fernando es enemigo del emperador y del gran duque, está á la cabeza de todos los enemigos de los franceses y habla con bastante desprecio de las tropas francesas, y no sería extraño que cometiese algun atentado contra ellas.... Nosotros permaneceremos siempre aliados de los franceses, y nos pondremos á la cabeza de las tropas españolas de que podemos disponer para hacerles obedecer lo que queremos, que es que sean amigas de los franceses;» al encontrar, decimos, tanto envilecimiento, ¿quién extrañará que Napoleon aspirase á recoger aquella corona caída en el cieno?

El pueblo, á quien su instinto parece que revelaba los proyectos que Napoleon meditaba, veia con enojo su permanencia dilatada en la capital, y no trataba ya á sus tropas con agasajo sino como gravosos huéspedes ó falsos amigos. Las riñas entre paisanos y franceses eran frecuentes en las calles, y el día 27 hubo una tan ruidosa en la plazuela de la Cebada, que tuvo por espacio de algunas horas en inquieta expectativa á todo el vecindario.

Fernando y sus consejeros, por el contrario, seguian tanto ó más obcecados que Carlos y Godoy en los tiempos de mayor alucinamiento, siendo una misma la fatal causa de la turbacion de su razon, el egoismo. Las falaces palabras del general francés eran tan inocentemente creidas, que el 24 de Marzo se anunció oficialmente al público que S. M. tenia noticia de que dentro de dos días y medio ó tres llegaria el emperador de los franceses, y se hicieron todos los preparativos de un grandioso recibimiento: se erigieron arcos triunfales en las calles que debía atravesar, y se adornaron suntuosamente los salones del Retiro para celebrar